



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

400 3 NUM. 26

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 26

27 ABRIL
1926

SEMANAL
POPULAR

PRE-
CIO :
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

pagados por mí estarán a estas horas dispuestos a rechazar cualquier ataque.

—Algo me tranquiliza eso; pero...

—¿Qué más queréis?

—¡El corazón se me parte al pensar lo que la señora Mariana ha de sufrir!

—Nadie os impedirá que le déis explicaciones y la tranquilicéis dentro de algunas horas; y si entonces ella también quiere ir en compañía de su hija...

—¡Ya lo creo!

—Descuidad, que todo ha de quedar bien arreglado.

—¡Pobre Consuelo!

—Todo está preparado, amigo mío.

—Eso quiere decir...

—Que ahora mismo iré en busca de dos de mis compañeros, volveré muy pronto, y sin perder un instante...

—¡Me hacéis temblar!

—Será prudente que nos esperéis en el portal, pues si llamamos, es posible que observe algún vecino curioso.

Frío sudor corrió por la pálida frente del sastre.

—¡Señor Policarpo—le dijo severamente Andrés—, mirad bien lo que hacéis!

—No podéis tener queja de mí.

—El miedo es mal enemigo, porque aturde, y con el aturdimiento se cometen muchas torpezas.

—¡Si pudieseis comprender lo que sufro!

—Haced un esfuerzo y dominaos, porque, de otra manera, vuestra turbación puede ser sospechosa para Consuelo y su madre.

—¡Descuidad, que me dominaré!

—Por vuestro bien os doy el consejo.

—¡Gracias!—respondió el infeliz Policarpo con una candidez que era digna de compasión.

—Acompañadme hasta el portal, por si algún vecino ha cerrado.

—¿He de llevar luz ?

—No, porque las tinieblas son nuestro mejor auxiliar. Suspiró el desdichado sastre.

Salieron de la habitación y atravesaron el corredor, bajaron la escalera y llegaron al portal. Ningún vecino se había cuidado de cerrar la puerta.

—No olvidéis mis advertencias, señor Policarpo.

—Por lo que me conviene no las olvidaré.

—Pues hasta luego.

—¡Que Dios os guarde!

El criado salió.

No debía tardar en volver, porque sus cómplices esperaban en una taberna de la calle de las Fuentes.

Y todavía continuaban hablando el hijo de la condesa, Querubín y Perico.

Aunque adivinasen la verdad, llegarían tarde para socorrer a Consuelo.

CAPITULO LXXXIII

Cómo dio pruebas de valor la hija de la señora Mariana

No habían pasado más de veinte minutos, cuando Andrés se presentó seguido de un hombre miserablemente vestido y cuyo solo aspecto era suficiente para infundir terror.

—¡Aquí nos tenéis!—dijo el criado.

El señor Policarpo no pudo contestar.

El infeliz sintió como si se helase la medula de sus huesos.

Sus dientes castañetearon.

—¡Vamos, y no tembléis!—le dijo Andrés.

Un suspiro exhaló el pobre sastre.

Subieron.

El bandido que acompañaba al sirviente miró a su alrededor con indiferencia y se sentó, esperando recibir órdenes.

El señor Policarpo le miró, mientras decía para sí:

—¡El diablo me lleve si no es un asesino!

—¿Qué esperáis?—preguntó Andrés— Si perdéis el tiempo, Consuelo se acostará y tendremos que aguardar a otro día.

—Voy ahora mismo; pero... ¡En fin, haré de tripas corazón! ¡Cuando termine este enredo creeré que soy la criatura más dichosa del mundo!

—Pues bien pronto terminará.

Dispúsose a salir el señor Policarpo; pero Andrés le detuvo diciéndole:

—¿Estáis seguro de haber estudiado bien vuestro papel?

—Lo que tengo que hacer es bien sencillo, porque Consuelo vendrá cuando yo le diga que he de darle explicaciones sobre un trabajo que hay que hacer.

—Perfectamente.

Salió el señor Policarpo, y el sirviente se ocupó en recordar a su cómplice lo que era preciso hacer.

A los pocos minutos se abrió la puerta y entraron Consuelo y el sastre.

La joven fijó una mirada de extrañeza en los dos hombres, que le eran desconocidos; pero no hizo ninguna observación, pues creyó que serían amigos o parroquianos de su vecino.

—¡Aguarda un momento!—dijo el sastre mientras se acercaba a un arca y la abría.

Al mismo tiempo el bandido se levantó, cruzando una mirada de inteligencia con Andrés.

No debían temblar ni vacilar los miserables.

El golpe era seguro si caían a la vez sobre la infeliz Consuelo; y, efectivamente, como si obedecieran los dos a un mismo resorte, arrojáronse sobre su víctima.

Hiciéronlo con tanta rapidez, que no dieron lugar a que la joven sospechase el peligro, ni mucho menos huiese.

Exhaló la infeliz un grito de sorpresa y de pavor; pero no pudo pedir socorro, porque las manos de Andrés oprimieron su garganta, en tanto que las del bandido le sujetaban los brazos.

No era posible que Consuelo se declarase inmediatamente vencida.

Hizo un esfuerzo para desasirse de las duras manos que brutalmente la sujetaban.

Entablóse una lucha que debía ser muy breve.

La infeliz apenas podía respirar; sentíase medio ahogada.

Volvió los ojos hacia el señor Policarpo; pero éste, en vez de acudir a defenderla, habíase metido en el más oscuro rincón, y allí suspiraba, temblaba y gemía.

—¡Silencio! —dijo Andrés con voz reconcentrada— Nada habéis de conseguir con vuestros esfuerzos, porque sois más débil que nosotros, y nadie ha de venir tampoco a socorreros. Si nos obedecéis, os guardaremos toda clase de consideraciones; así como para vuestra tranquilidad, os diré desde ahora que no queremos cometer cierta clase de abusos, según puede declararlo vuestro vecino, en cuyas palabras debéis tener fe.

Sin necesidad de este razonamiento, habíase convencido la joven de que nada conseguiría con su débil resistencia, sino que, por el contrario, haría doblemente crítica su situación.

Otra vez volvió la infeliz los ojos hacia el señor Policarpo, mientras Andrés le decía:

—Explicaos, porque así se tranquilizará vuestra vecina.

—Todo eso es verdad—respondió el sastre como si las palabras se las arrancasen del cuerpo—. No resistas, Consuelo, y nada temas, porque aquí estoy yo, que no me separaré un instante de ti.

Estas palabras, dictadas por una candidez sin igual, eran un sarcasmo.

Con una mirada de profundo desprecio pagó al sastre la hija de la señora Mariana.

La infeliz, que había caído al suelo, quedó inmóvil, mostrando así que se resignaba.

—Deseo molestaros lo menos posible—dijo Andrés—, y os agradecería que me evitaseis el disgusto de poneros la mordaza que tengo en el bolsillo. Prometedme que no gritaréis, que no pediréis socorro, que nada haréis que nos comprometa, y así podréis estar más cómodamente.

La joven hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Si no prometía callar le pondrían la mordaza, y el resultado sería el mismo y mayor el sufrimiento.

Demasiado bien sabía el miserable Andrés que ni aun para salvar la vida faltaría Consuelo a sus promesas. Seguro de esto, separó las manos de la garganta de la joven, diciendo al bandido:

—¡Déjala!

La escena que entonces tuvo lugar no pudo ser más extraña.

Consuelo se levantó, se sentó en una silla, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Ni una sola palabra articuló.

Semejante conducta no podía significar más que un orgullo desmedido; orgullo que no nos sorprende, porque ya la conocemos.

Con profunda sorpresa la miró Andrés, mientras decía para sí:

— ¡Vive el cielo! ¡Es una gran mujer! ¡Nunca lo hubiera creído! Y en cuanto a hermosura, no tiene igual. ¡Bien puede encender las piedras con los ojos!

El sastre se acurrucó y siguió exhalando gemidos.

Nada había que hacer entonces, y el bandido se sentó tranquilamente.

Andrés empezó a pasearse.

Así transcurrió el tiempo, sin que se percibiese otro ruido que el de la respiración de aquellas cuatro personas.

Era cada vez más opaca la luz del candil, que daba un tinte entristecedor al cuadro.

Casi todos los vecinos de la casa se habían acostado ya y dormían profundamente.

¿Cómo se encontraba la madre de Consuelo?

Ya debía de haberle llamado la atención que su hija tardase tanto tiempo en volver, y empezaría a temer una desgracia; pero no le era posible moverse: ni siquiera tenía el consuelo de gritar para que acudiesen los vecinos.

No sabemos si con rapidez o lentitud pasó el tiempo para aquellas infelices criaturas. En cuanto al criado de don Pedro, podemos decir que las horas le parecían eternidades, pues no podía tener seguridad del triunfo mientras Consuelo permaneciese allí.

Si no Leandro, Querubín o el señor de Guevara podían ir, como otras veces, a visitar a la madre y a la hija, y al echar a ésta de menos, no era difícil que sospechasen la verdad.

De vez en cuando se acercaba Andrés a la puerta y escuchaba, sin percibir el más leve ruido, lo cual le tranquilizaba.

Por fin dieron las once.

Había llegado, pues, el momento de consumir el abuso.
¿Y Leandro?

Debemos suponer que, obedeciendo las órdenes de su padre, permanecía en su casa.

Ni Querubín ni el señor de Guevara se presentaban tampoco.

Si no llegaban en el espacio de algunos minutos, cuando acudiesen ya sería tarde para evitar el crimen.

Quizá a aquellas horas, y después de haber escuchado a Perico, Querubín conferenciaba con su antiguo protector y con su padre.

¿De qué hablan de servir las conferencias?

Sabemos ya que de nada servirían, pues lo que se necesitaba era acudir pronto en socorro de Consuelo.

Detúvose Andrés frente a la joven y le dijo:

—Habéis de seguirnos, y quiero saber si lo haréis de buena voluntad; porque si no, os ataremos, os pondremos la mordaza y os llevaremos en nuestros brazos.

—¡No me toquéis!—replicó vivamente la joven.

—Si nos obligáis...

—Ninguna resistencia opondré.

—¿Tampoco gritaréis?

—Tampoco.

—¿Lo prometéis así?

—¡Lo juro por la vida de mi virtuosa madre!

—¡Ya estoy tranquilo!

Aturdido más cada vez se sentía el sastre con la conducta inconcebible de su vecina.

—Pues ya es hora—dijo el criado del comendador.

El bandido se puso en pie.

—¡Vamos, señor Policarpo! Y no os apuréis, puesto que conocéis demasiado bien nuestras intenciones, y sabéis que muy pronto vuestra vecina ha de reconocer que le habéis hecho un beneficio. Ahora no es oportuno entrar en explicaciones; pero lo haremos antes de dos ho-

ras, y entonces cada cual quedará en el lugar que le corresponde.

— ¡Dios todo lo ve, todo lo sabe! —respondió el señor Policarpo con lastimero tono— ¡Cumpla mi deber a costa de grandes sufrimientos, y mi conciencia está tranquila! ¡Si me habéis engañado, al Omnipotente daréis cuenta de vuestras acciones!

— ¡Concluyamos!

No hablaron entonces más.

Salieron de la habitación.

Detuviéronse a los pocos pasos para escuchar; pero como no percibieron ruido alguno, pusieron otra vez en movimiento.

Tampoco entonces quisieron llevar luz, evitando así llamar la atención de los vecinos curiosos.

Bajaron, llegaron al portal y con tmblorosa mano abrió el sastre la puerta.

CAPÍTULO LXXXIV

Andrés triunfa

No solamente la luna no había querido aquella noche dejarse ver, sino que algunas nubes manchaban el horizonte, y era así más densa la oscuridad.

A las once en aquella época Madrid dormía, estaba silencioso; lo cual no quiere decir que estuviese tranquilo.

Hecha excepción de alguna ronda, de unos cuantos enamorados y de muchos ladrones, no transitaba alma viviente por las calles de la villa tres veces coronada.

Negras tinieblas se esparcían en la costanilla de Santiago, sin que ya brillase ni una sola de las poquísimas

luces que los vecinos de los cuartos principales ponían en sus balcones.

Confusa y vagamente, como sombras informes, distinguíanse aquí y allá bultos que se movían con lentitud.

¿Eran los cómplices de Andrés o los amigos de Consuelo?

Muy pronto hemos de salir de dudas.

Miró Andrés a uno y otro lado y murmuró con tono de impaciencia:

— ¡Rayos y truenos!

Empero, inmediatamente y hacia San Felipe dejóse ver otro bulto más grande que avanzaba con rapidez.

Luego se distinguió como un grupo de personas, y poco después, algo que relumbraba.

— ¡Ah! — exclamó Andrés.

Frente a la puerta de la casa se detuvieron dos hombres con una dorada silla de manos.

Los otros que había esparcidos en distintas direcciones fueron acercándose poco a poco.

Ya debía considerar el sirviente seguro su triunfo, puesto que era muy poco tiempo el que necesitaba para alejarse con su víctima.

— ¡Seguidme! — dijo el miserable a Consuelo.

Y ésta obedeció, dando tres o cuatro pasos.

Abrió Andrés la portezuela de la silla diciendo:

— ¡Entrad!

No opuso ninguna resistencia la joven, y, cumpliendo con toda exactitud lo que había prometido, ni siquiera pronunció una palabra.

Habiendo luz, hubiera podido verse su rostro pálido y contraído, y su mirada profunda y desdeñosa.

Bien había dicho el criado: era una gran mujer la hija de la señora Mariana.

Entró en el estrecho vehículo y se sentó sobre mulidos almohadones.

Los bandidos habían ido agrupándose alrededor de la silla.

Entonces pudieron verse muchas espadas que relumbraban.

También Andrés desenvainó la suya.

Todos aquellos miserables estaban resueltos a defenderse hasta morir

—¡En marcha!—exclamó el sirviente.

Y luego añadió:

—¡Mucho cuidado; y si alguien nos molesta, acuchillad sin consideración!

Poseído de pavor estaba el señor Policarpo al encontrarse entre aquella gente desalmada.

El infeliz sentía el frío desconsolador de la fiebre, y se envolvió en su capa como mejor pudo.

Los conductores de la silla pusiéronse en movimiento.

Los demás hicieron lo mismo, los unos delante, los otros detrás, y algunos a los lados. Tomaron calle arriba.

Iban a desaparecer muy pronto.

¿Y Querubín?

Tal vez se encontraba a muy pocos pasos de allí, en la que ya era su casa: es decir, la de don Juan de Monzón.

Al volver la esquina para entrar en la calle de Milaneses, Andrés dirigió la mirada hacia la vivienda del señor de Monzón, y dejó escapar una carcajada burlona, murmurando luego:

—¿Cómo ha de sospechar que nos tiene tan cerca? ¡Otras veces se ha burlado de mí, y ahora es justo que yo tome el desquite! ¡Oh, señor Querubín! ¡Mucho valéis; pero debierais haber pensado que sois un niño, y que lo que os sobra de audacia y de ingenio os falta de experiencia!

Desgraciadamente, el miserable Andrés co'rababa con

creces la deuda de burla a que era acreedor; o, más bien, pagaba las que había recibido.

Tarde era ya para que nuestros amigos salvaran a Consuelo.

Atravesaron la calle de Milanese y las Platerías, y se internaron en el laberinto de los alrededores de San Miguel.

No tenemos que decir adónde iban.

Avanzaron sin producir otro ruido que el de sus pasos, ruido sordo, y que a poca distancia ya no se percibía, porque entonces las calles de Madrid aún no estaban empedradas.

Aunque algunos de aquellos miserables llevaban linternas sordas, no quisieron abrirlas, porque la oscuridad era uno de sus auxiliares.

Veinte minutos después se encontraban fuera de la población, y, atravesando el puente de Segovia, tomaron luego a la izquierda por un tortuoso sendero.

Entonces fue cuando el señor Policarpo se atrevió a preguntar:

—Pero, ¿adónde vamos?

—Puesto que habéis de verlo, no necesitáis contestación—le dijo Andrés.

—¡Nos alejamos demasiado!

—Antes de media hora concluirá nuestro viaje.

—En esta soledad y a estas horas...

—¿Tenéis miedo?

—Sí.

—Pues no será por falta de compañía.

—¡Señor Andrés!...

—¡Dejadme en paz!

No se atrevió a replicar el sastre.

En aquellos sitios era donde menos tenían que temer los criminales, puesto que ni siquiera una ronda habían de encontrar.

En cuanto a los amigos de Consuelo, no hay que decir que ya era imposible que se presentasen.

En aquellos momentos la señora Mariana no debía ya dudar de su desgracia espantosa, y sufriría lo que apenas puede concebirse.

No habría sido tan horrible su sufrimiento si hubiera podido gritar y moverse; pero estaba reducida a la impotencia más absoluta.

¡Pobre madre!

¿Podría soportar aquel nuevo y terrible golpe?

Era muy dudoso.

¿Y el conde?

Bien cerca estaba de Consuelo; pero no se había dado a conocer, porque así le pareció prudente.

Envuelto en su capa, habíase confundido entre los miserables pagados por Andrés, y parecía uno de tantos.

Distinguióse al fin una preciosa casa sobre una pequeña cumbre y en el centro de un gran jardín.

Luego se percibió el ruido de algunos arroyos y fuentes que corrían.

A poca distancia extendíase un espeso bosque.

De día, aquel sitio debía de ser encantador.

Escapábanse destellos de luz a través de los cristales de algunas ventanas.

La puerta de la casa se abrió, saliendo un hombre con un farolillo.

Adelantóse el conde, que se dio a conocer, y fue objeto de las demostraciones más respetuosas.

Los conductores de la silla entraron con ésta en la casa, seguidos por Andrés y el señor Policarpo, y detuviéronse al pie de una escalera.

Allí se apartaron colocándose en el más oscuro rincón, como si así quisieran probar que no eran curiosos.

Entonces fue cuando el conde se acercó a la silla, abrió la portezuela y ofreció la mano a Consuelo.

Ésta salió sin detenerse, y empezó a subir al mismo tiempo que el conde. El criado que estaba en la casa los siguió.

Andrés se acercó al señor Policarpo y le dijo:

—¡Esperad algunos momentos!

Luego salió de la casa: entretanto, los otros dos hombres levantaban la silla de manos y entraban con ella en la habitación inmediata.

Ya no tenía que hacer el intrigante criado más que pagar a los bandidos, advirtiéndoles nuevamente que les convenía olvidar lo que acababa de suceder.

Cuando recibieron la recompensa prometida se alejaron, perdiéndose entre las tinieblas y las desigualdades del terreno.

Cerró Andrés la puerta de la casa.

El abuso se había consumado y el remedio era casi imposible.

—Señor Policarpo—dijo el sirviente—, escuchad el último consejo que tengo que daros y las últimas explicaciones para que os tranquilicéis.

—Pero, ¿y Consuelo?

—Ya la veréis. Ahora venid, que muy pronto concluiremos.

—Supongo que lo que me habéis prometido...

—Lo cumpliré; descuidad.

Dos o tres aposentos atravesaron sin más luz que la de una linterna que llevaba Andrés, y se detuvieron en uno donde no se veían ventanas.

Allí había una modesta cama, una pequeña mesa y algunas sillas.

Sobre la mesa se veía un plato con tres o cuatro trozos de jamón y algunos chorizos asados. Junto al plato, una

botella llena de vino, dos vasos, un jarro con agua y un pan.

Dejó Andrés la linterna y dijo:

—Supongo que no queréis morir, porque todavía os esperan muchos goces en este mundo.

—¡Señor Andrés!...—exclamó el sastre fijando una mirada de extrañeza en el criado.

—Aquí vais a quedar. Tendréis buena cama donde dormir, y no os faltará muy buena comida, como lo prueban esas magras que están a vuestra disposición, por si tenéis apetito antes de la hora de almorzar.

—Pero...

—Todo esto se hace por vuestro bien. Dentro de pocos días recobraréis la libertad y recibiréis doscientos doblones en pago de vuestros servicios.

Tal efecto produjeron estas palabras en el sastre, que no acertó a responder.

El sirviente prosiguió diciendo:

—Y si entretanto cometéis la torpeza de gritar o de intentar salir de esta casa, se os pagará con una puñalada en el corazón.

—¡Ah!—dijo el desdichado sastre con voz ahogada— ¡Compadeceos! ¡Soy un hombre honrado; os he servido con la mejor intención!...

—Nadie lo niega.

—No os enfadéis; pero...

—Vais a decir que he cometido un abuso, que os he engañado. Efectivamente, así ha sucedido; pero precisamente por eso se os recompensará. No hagáis observaciones; no supliquéis, porque todo será inútil. Debéis comprender que lo que hemos hecho, venciendo tantas dificultades y arrostrando tantos peligros, no hemos de deshacerlo para que quedéis complacido.

—¡Demasiado bien lo comprendo!—repuso el señor

Policarpo, que, medio desfallecido, se dejó caer en una silla.

—A todas horas estaréis vigilado: si sois razonable, se os permitirá salir a esa otra habitación para que veais la luz del día y respiréis el aire libre.

—Está bien; pero me parece justo que ahora me déis explicaciones claras y terminantes.

—No puedo detenerme.

—¿Qué pensáis hacer de la pobre Consuelo?

—Será dichosa, no lo dudéis, aunque ahora debe de creer que es muy desgraciada.

—¡Si habéis de atentar contra su honor, matadla!

—No sois su padre, ni siquiera su pariente lejano, ni mucho menos su amante; por consiguiente, no tenéis para qué mezclaros en semejante asunto.

Un suspiro penoso exhaló el desdichado sastre.

Andrés se levantó y, mientras se dirigía hacia la puerta, dijo:

—¡Buenas noches!

—¡Escuchad!

—Mañana me diréis cuanto bien os parezca.

Salió el criado y cerró la puerta, dando vuelta a la llave.

No tenemos para qué pintar las angustias del señor Policarpo cuando se vio solo en su encierro. Para Andrés era desconocido el interior de aquella casa.

Volvió al pie de la escalera y miró a todos lados mientras decía:

—¡Subiré!

Y así lo hizo.

Atravesó algunas habitaciones sin encontrar persona alguna.

Por todas partes veía riquísimos muebles y adornos, En todos aquellos aposentos había luz.

Por fin le pareció oír voces. Avanzó algunos pasos más, detúvose y escuchó.

— ¡El conde y Consuelo! —dijo.

No se equivocaba, porque en el aposento inmediato estaba la joven con el padre de Leandro.

Retrocedió Andrés.

Tomó una bujía para seguir por un pasillo donde no había luz.

Entró en varias habitaciones.

Encontró una puerta cerrada, que no pudo abrir porque no estaba puesta la llave.

— ¡Vive el cielo! ¿Dónde se ha metido el criado del marqués? ¡Esta casa parece un castillo encantado!

Cuando creyó que ya había recorrido todo el piso superior, volvió a la escalera y bajó. En vano fue y vino.

El criado que guardaba la casa había desaparecido.

No debía creerse que estuviera al lado del conde y de Consuelo.

— He hecho cuanto me era posible hacer —dijo Andrés—; y aunque ya debiera irme, por cortesía esperaré al conde y le acompañaré hasta su casa. Para después de apoderarse de Consuelo no se me dijo más sino que encerrase al señor Policarpo en una de esas habitaciones de la izquierda, porque luego el señor conde dispondría lo que le pareciera más conveniente. He cumplido lo que prometí: ya está la paloma enjaulada, y ahora tengo derecho a la recompensa sin cuidarme de lo que pueda suceder, pues ya éste no es asunto mío.

Para no equivocarse, exponiéndose a que el conde saliera sin ser visto, se sentó Andrés al pie de la escalera.

Perdona, lector, si todavía no vamos a donde Consuelo estaba, porque antes hemos de dar cuenta de otro incidente de muchísimo interés.

Media hora transcurrió.

Andrés se impacientaba y decía:

— ¡Pasaremos aquí la noche! No lo siento por la molestia, sino porque no podré justificarme con mi severo señor. Verdad es que voy a ser rico, y, por consiguiente, poco debe importarme el enojo de don Pedro.

No sonaba en el interior de la casa el ruido más leve.

El señor Policarpo se había dejado caer en el lecho, quedando allí inmóvil.

El conde continuaba pintando su pasión a la infeliz Consuelo.

De repente volvió Andrés la cabeza, porque le pareció que sonaba ruido de pasos y voces fuera de la casa.

— ¿Quién viene a visitarnos? ¿Será el marqués, que haya querido satisfacer su curiosidad? ¡No estoy tranquilo!

Púsose en pie el sirviente y llevó la diestra a la empuñadura de su espada.

Pocos minutos después, y desde la parte interior del edificio se introdujo una llave en la puerta, lo cual hizo creer al sirviente que no eran enemigos, sino el marqués, como antes había sospechado, pues era la única persona que podía disponer de una llave y entrar allí sin pedir licencia.

La puerta se abrió.

Presentóse un hombre.

Andrés dejó escapar un grito de rabia y desnudó el acero.

Otro hombre se presentó.

El sirviente exhaló un grito de pavor, y la espada se escapó de sus manos.

CAPÍTULO LXXXV

Se explica cómo se presentaron el comendador y Querubín

Las dos personas que habían entrado y que tan distintos efectos habían producido en Andrés, eran Querubín y el comendador.

¿Cómo se encontraban allí?

Esto es lo que, con permiso del lector, vamos a explicar, dejando para después el relato de los sucesos que tuvieron lugar en la casa de campo. Para hacerlo así, hemos de retroceder algunas horas, volviendo al punto en que dejamos al hijo de la condesa y al de don Juan de Monzón hablando con Perico.

No eran sospechas las que éste había de comunicar, puesto que había cometido la indiscreción de escuchar la interesantísima conferencia del conde y Andrés.

Así pudo Perico enterarse del plan, dándolo a conocer a su señor y a Querubín.

No hay para qué decir que éstos se sintieron trastornados por la ira; pero, dominándose, se ocuparon en buscar medios de defensa sin entablar cierta clase de luchas que hubieran producido el escándalo.

¿Qué les era posible hacer para conseguir el resultado que deseaban?

—Dejadme reflexionar—dijo Querubín—, que poco he de poder, o nos burlaremos de esos bribones.

Se puso en pie, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, y empezó a pasearse.

Diez minutos transcurrieron así.

De repente se detuvo, brillaron sus ojos, y exclamó:

—¡Triunfaremos!

Le miraron afanosamente Leandro y Perico.

—¿Qué habéis pensado?—le preguntó el primero.

—¡Aquí os quedaréis, porque así lo ha mandado vuestro padre, y no podéis salir sin que se sospeche, lo cual podría perjudicarnos mucho.

—¡Quedarme, cuando se trata de salvar a Consuelo!

—Es preciso, y lo haréis.

—¡Amigo mío!...

—Dejadme concluir, porque perdemos un tiempo precioso.

—¡Bien; continuad!

—Me ayudarán mi padre, el señor de Guevara y Pedro, y me parece que con mucha facilidad nos apoderaremos de la silla de manos antes de que lleguen con ella a la costanilla.

—¿Y luego?

—Representaremos Pedro y yo el papel de los criados del marqués de la Pradera, llevaremos a Consuelo, y cuando esté en la casa de campo... ¡Entonces haremos lo que mejor convenga, según las circunstancias!

—¡Demasiado atrevido es el plan!

—Pero saldrá bien; no lo dudéis. El señor Policarpo ha representado admirablemente su papel, y nosotros no hemos de ser más torpes.

—¿Y qué harán vuestro padre y el señor de Guevara?

—Cuidarán de la madre de Consuelo.

—¿No llevaréis más compañía?

—Así lo haremos si después de meditar nos parece bien.

De lo que decía Querubín deducíase que el señor Policarpo no había sido engañado por Andrés, sino que había representado una farsa fingiendo que se dejaba engañar, y así se explica lo que hasta entonces había sucedido, y la facilidad con que el sirviente había podido llevar a cabo sus planes.

La señora Mariana y su hija, después de haber escuchado a Querubín, estaban de acuerdo también, y, por consiguiente, la pobre madre nada había sufrido aquella noche.

Resistíase Leandro a quedarse mientras sus amigos se ocupaban en la intriga; pero al fin tuvo que ceder y resignarse, diciendo:

—Supongo que mi padre me dejará en libertad a las once, y podré ir a buscaros a la casa de campo.

—Haréis lo que mejor os parezca. Yo necesito cambiar de ropa, porque con ésta llamaría la atención; y como tengo que dar explicaciones a mi padre y a mi protector, no puedo detenerme.

Un imposible parecía la empresa que intentaba el travieso Querubín; pero la experiencia nos ha enseñado que para su audacia y su ingenio lo imposible no existía.

—Emplead el tiempo—dijo—en participar a vuestra madre lo que sucede.

—Así lo haré.

—¡Dios me protegerá!

Los dos amigos se despidieron.

El hijo de don Juan salió con Perico.

Rápidamente dejaron atrás calles y calles.

No debían entonces temer que los espíase el criado del comendador.

Primeramente fueron a buscar al señor de Guevara, refiriéndole lo que sucedía.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el buen hidalgo— ¡Es preciso acabar de una vez!

Querubín explicó su atrevido plan, preguntando luego:

—¿Qué os parece?

—¡Tripas de Lucifer! ¡Bien; muy bien, Querubín!

—¡Pues aprovechemos los instantes!

—¡Estoy dispuesto!

En tanto que el señor de Guevara tomaba su sombrero,

Querubín se despojó de su riquísimo traje, poniéndose el que antes usaba.

Inmediatamente fueron a ver a don Juan.

Escuchó éste con atención profunda.

No se arrebatava fácilmente el señor de Monzón; reflexionó con calma, y dijo:

—Habéis olvidado un detalle.

—¿Cuál?

—Sin gran trabajo nos apoderaremos de la silla; pero los criados que la lleven se apresurarán a ir a dar parte al marqués, y luego...

—¡Comprendo!

—Hay que evitar que suceda así.

—Detendremos a los criados del marqués, sin permitirles que vuelvan a su casa.

—Para hacerlo somos pocos, puesto que tú y el criado de Sandoval habéis de ocuparos en llevar la silla.

—Ciertamente.

—Esperad, que todo puede arreglarse.

Don Juan llamó a sus dos criados de mayor confianza, y les dijo:

—Tengo que acometer una empresa peligrosa, y necesito vuestra ayuda.

—Estamos dispuestos, señor.

—Es probable que haya cuchilladas, en cuyo caso...

—¡No importa!

—Y el secreto de lo que ha de suceder...

—Señor, hemos dado pruebas de discretos y leales, y sentiríamos mucho que desconfiaseis de nosotros.

—No desconfío, y os recompensaré como merecéis.

—Satisfechos quedaremos con haber cumplido nuestro deber.

—Pues tomad las espadas y venid.

A los pocos minutos se encontraban dispuestos los dos criados que, efectivamente, eran valerosos y leales.

Eran las diez y cuarto.

Sabían dónde vivía el marqués de la Pradera, y, por consiguiente, podían salir al encuentro de los que habían de llevar la silla.

—¿Dónde daremos el golpe?—preguntó el señor de Guevara.

—Junto a Santa Catalina, donde no es probable que encontremos alma viviente.

—¿Y qué haremos después con los dos criados?

—Se los llevará a cualquier sitio solitario, amenazándolos y deteniéndolos allí hasta las doce, hora en que habrá concluído todo.

—Me parece bien.

No hablaron entonces más.

Salieron de la casa.

Bajaron por la calle de las Fuentes, y bien pronto se encontraron en los alrededores del convento de Santa Catalina.

Situáronse convenientemente, ocultándose en los huecos de las puertas y tras de las esquinas.

Allí quedaron inmóviles.

La oscuridad los favorecía.

No tuvieron que esperar más que un cuarto de hora.

Oyeron ruido de pasos.

Empuñaron las espadas.

Poco después llegaron los dos sirvientes que llevaban la silla.

Iban descuidados y tranquilos, porque no encontraban persona alguna.

De repente resonó una voz que decía:

—¡A ellos!

Como si brotasen de la tierra, aparecieron seis hombres.

Relumbraron seis espadas.

Un grito de sorpresa y de terror dejaron escapar los conductores de la silla, que soltaron ésta y miraron aturridos a sus acometedores.

— ¡Silencio! —dijo el señor de Guevara— ¡Silencio, si no queréis morir!

Las seis armas que relucían fueron las palabras más elocuentes para aquellos dos infelices.

— ¡No nos matéis —dijo uno de ellos—, que no haremos resistencia!

— ¡Dejad vuestras armas!

— Os advertimos que...

— ¡Ira de Satanás! ¡No necesitamos advertencias!

— ¡Nadie va en la silla!

— Ya lo sabemos...

— Y nuestros bolsillos...

— ¡No somos ladrones!

— Pues si no habéis de robarnos ni asesinarlos...

— ¿Callaréis?

— ¡Disponed de nosotros!

Más aturridos cada momento se sentían los criados del marqués.

No podían entablar una lucha contra seis hombres que parecían valerosos y decididos.

Entregaron sus espadas y sus puñales.

— Ahora —les dijo Querubín— haréis muy bien en seguir obedeciendo, y si estimáis la vida, no pronunciareis una palabra.

— Pero ¿qué queréis de nosotros?

— Habéis de dar un paseo, y a las doce se os devolverán vuestras armas y se os dejará en libertad completa.

— ¡Eso es incomprensible!

— No hemos venido para daros explicaciones y satisfacer vuestra curiosidad.

— Perdonad; pero...

— ¡Ya hemos concluído!

No se atrevieron a replicar las pobres víctimas. Querubín y Perico tomaron la silla y se alejaron calle abajo.

Lo que después sucedió lo sabemos ya; pero no así cómo por segunda vez se presentaba Querubín en la casa de campo, y en compañía del comendador.

Esto es lo que vamos a explicar.

Dijimos que cuando Consuelo subió acompañada del conde, y en tanto que Andrés encerraba al sastre, los conductores de la silla habían entrado con ésta en una habitación inmediata.

Una vez allí, se miraron y desplegaron una sonrisa burlona. Habían triunfado.

Ya Consuelo no corría ningún peligro; pero aun tenían mucho que hacer.

Sentáronse para descansar, porque estaban bastante fatigados.

Entretanto el conde se instalaba con su víctima en un lujoso gabinete, y el criado del marqués iba a situarse a otro aposento para aguardar allí hasta recibir aviso de haber sido encerrado el sastre.

El aviso no debía llegar, pues no fue Andrés quien se presentó, sino Querubín y Perico con los puñales desnudos.

Sorprendióse el sirviente al ver aquellos dos hombres desconocidos; pero antes que de su sorpresa pudiera reponerse, los otros cayeron sobre él, mandándole callar, oprimiéndole la garganta y amenazándole con la muerte.

No tenían más que hacer un movimiento para cumplir su terrible amenaza.

Así lo comprendió el desdichado sirviente, que no opuso resistencia.

Creyó que aquellos dos hombres eran de los que habían acompañado al conde y a Consuelo, y que, no con-

tentos con la recompensa, habían querido aprovechar la ocasión para llevarse lo que pudieran.

No comprendía el criado cómo habían podido entrar en la casa; pero ello es que habían entrado y que era forzoso resignarse.

Tal vez aquellos miserables no contaban con que tendrían que habérselas con Andrés, con el conde y con los que habían llevado la silla; la esperanza de que sucediera así, devolvió la tranquilidad al sirviente y contribuyó mucho para que no arriesgase la vida entablando una lucha.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró el infeliz con una mordaza y fuertemente atado.

—¡Esto va bien!—dijo Perico.

—Pues, por lo que pueda suceder, tú debes quedar aquí.

—Podéis iros tranquilo.

—Cierra la puerta y echa la llave, porque nuestro enemigo puede venir muy pronto.

—Me parece bien.

Salió Querubín.

Perico cerró, dando vuelta a la llave; se sentó, y dijo al criado del marqués:

—Nada temas, porque no somos asesinos ni ladrones, Se trata de una intriga, y bien pronto te verás libre. Has visto ya cómo han traído a una pobre mujer, y nosotros hemos venido para salvarla. Ten paciencia, que el susto te lo pagaremos con algunos doblones.

Querubín bajó, abrió la puerta de la casa, tomó la llave, salió y cerró.

Así se explica cómo luego pudo entrar.

Como los bandidos se habían alejado, a nadie encontró en los alrededores del edificio.

—¡Aquí de mis pies!—dijo el mancebo.

Y rápidamente se alejó, llegó al puente de Segovia,

lo atravesó, y tomando luego por la cuesta de la Vega, siguió sin detenerse un instante y con la misma rapidez hasta la morada del comendador.

Apenas podía respirar.

Su cuerpo estaba empapado en sudor.

El comendador debía de dormir; pero esto no importaba.

Cogió el aldabón Querubín y empezó a descargar muy recios golpes.

Como nadie le respondía, volvió a llamar: al fin, después de cinco minutos, que fueron para él cinco siglos, abrióse una ventana y preguntó una voz:

—¿Quién es?

—¡Abrid!

—Pero ¿a quién?

—¿Y el señor don Pedro?

—Duerme, lo mismo que todos en la casa.

—¡Pues despertadle inmediatamente, diciéndole que es absolutamente preciso que se levante y me escuche!

—Todo eso está muy bien; pero si no decís quién sois...

—¡Querubín!

—¡Ah!

—¡Acabad, que los minutos son preciosos!

—¡Allá voy!

Cerróse la ventana.

El criado acabó de vestirse y se atrevió a ir hasta la puerta del dormitorio de don Pedro, dando algunos golpes y diciendo:

—¡Señor, señor!

—¿Qué ocurre?—preguntó el padre de María con voz que revelaba el sobresalto.

—Vuestra señoría me perdonará; pero...

—¡Entra y explícate!

Entró el criado.

Incorporóse don Pedro y se restregó los ojos diciendo:

—¿Por qué me despiertas?

—A mí me han despertado los golpes del aldabón.

—¿Pues quién llama?

—El señor Querubín.

—¡Querubín!—exclamó don Pedro brincando como si le hubiera picado una víbora.

Gravísimos sucesos debían de haber tenido lugar, gravísima era la situación para que a semejante hora se presentase el hijo de don Juan. Aun cuando en pleno día hubiera sido, hubiérase sorprendido también el comendador, porque sabemos ya que el mancebo le había declarado abiertamente la guerra, no volviendo a visitarle.

—¡Debo de estar soñando!—murmuró don Pedro.

—No sueña vuestra señoría.

—¿Y Andrés?

—Salió; pero no ha vuelto.

—¿Qué hora es?

—No puedo decirlo con seguridad; pero me parece que ha de ser la una de la madrugada.

—¿Y qué es lo que quiere el señor Querubín?

—Hablar con vuestra señoría.

—Déjame una luz. Abre, y dile que espere mientras me visto.

En la llama del velón encendió el criado una bujía y salió.

—¡Pues, señor, no lo entiendo!—murmuraba el comendador—¿Qué puede suceder para que me busque ese mancebo? ¡Aún no estoy convencido de que todo esto es una realidad!

Dejó el lecho.

Púsose apresuradamente unos calzones, la bata y los zapatos.

Cavilaba, empeñándose en adivinar lo que significaba la visita de Querubín.

No era posible que lo adivinase, y mucho menos entonces, que estaba aturdido.

—¡Salgamos de dudas!—dijo.

Llamó y dio orden para que entrase Querubín.

Presentóse el joven que aún daba señales de fatiga.

Estaba su rostro contraído y era sombría su mirada.

Sentóse.

El comendador le miró con la sorpresa que era consiguiente, y le preguntó:

—¿Qué clase de asunto es el que os obliga a despertarme a estas horas?

—Voy a explicarme.

—¿Supongo que me traéis la noticia de alguna desgracia?

—Vengo a prestaros un gran servicio.

—¡Vos a mí!

—Permitidme recobrar el aliento.

—¡Aguárdo!—dijo el comendador.

CAPÍTULO LXXXVI

De cómo con una palabra anonada Querubín al comendador

A los pocos minutos Querubín dio principio a la conversación, diciendo:

—Lo que váis a saber os desagradará mucho; pero no tenéis derecho a quejaros porque es obra vuestra.

—¿Tenéis que hablarme de mi hija?

—Sí, y no.

—Os ruego que os expliquéis con claridad.

—¡Yo me entiendo, señor de Saavedra!

—Pero es preciso que yo os entienda también!

—Para que se cumpliesen vuestros deseos no os habéis

detenido ante ningún obstáculo, no habéis reparado en ningún medio.

—¡Cuidado con lo que decís, porque no estoy dispuesto a tolerar ofensas!

—Lo sufriréis todo, señor comendador, pues la situación lo exige así.

—¡Oh!

—No os impacientéis, ni os dejéis arrebatarse por la cólera.

—¡Acabad!

—Habéis favorecido los criminales proyectos del conde de Rocanegra; y si bien es verdad que deseabais que se salvase la hija de la señora Mariana, verdad es también que cometíais una mala acción.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del anciano. Al oír nombrar a Consuelo, se sintió trastornado profundamente.

—¡Estáis equivocado!—replicó.

—A disposición del conde pusisteis al miserable que os sirve, proporcionándole así una ayuda demasiado peligrosa.

—Y aun suponiendo que eso sea verdad...

—Era forzoso que Andrés os engañase.

—¿Qué decís?—replicó don Pedro, cuyos ojos relumbraron con el fuego de la ira.

—Que Andrés ha cumplido perfectamente lo que había prometido al conde.

—¡Imposible, imposible!

—Y no ha representado una farsa.

—¡Vive el cielo!

—Consuelo está en poder del conde; ¿lo entendéis? Sintióse anonadado el comendador.

Consuelo era su hija.

Su conciencia se levantó terrible para acusarle. Quedó inmóvil como una estatua, con los ojos abiertos como si

fueran a saltar de sus órbitas y con la mirada fija en Querubín.

Éste prosiguió diciendo:

—Yo he velado a todas horas por el honor de esa criatura infeliz, y Dios ha querido protegerme.

—¡Aun no entiendo!—murmuró el padre de María con voz sorda.

—Han sorprendido a Consuelo, la han sacado de su vivienda, y la han llevado a una casa de campo, dejándola allí con el miserable que intenta deshonrarla para saciar su impura pasión.

—Y todo eso...

—Es obra de Andrés, y en la casa de campo le tenéis a estas horas.

—¡No puede ser, no puede ser! ¡Oh! ¡Sin duda, os han engañado!

—La Providencia ha querido que yo pueda engañar a los criminales, y, favorecido por la oscuridad, he sustituido a uno de los que debían llevar la silla de manos donde iba Consuelo. Con el conde la he dejado, he corrido, y aquí me tenéis.

—¡Ira del cielo!

—No soy yo quien debe presentarse al conde para disputarle su presa; no es tampoco su hijo...

—¡Dios mío!—exclamó don Pedro, oprimiéndose las sienes.

—Sois vos, don Pedro; vos, quien está obligado a salvar a esa infeliz; vos...

—¿Y por qué?

—¿Queréis que os lo diga?

—Todos tenemos obligación de hacer un beneficio; pero...

—Si queréis, os lo diré—interrumpió Querubín.

—Ni siquiera de vista conozco a esa mujer.

—¿Y a su madre?—preguntó lentamente el mancebo,

mientras fijaba una mirada ardiente y penetrante en el anciano.

Tembló éste.

Lo que sintió, ni él mismo hubiera podido explicarlo.

Decir que efectivamente se consideraba más obligado que nadie a salvar a Consuelo; era lo mismo que revelar su secreto, el secreto que tan cuidadosamente había guardado.

Y, sin embargo, tampoco podía responder con negativas.

—Caballero—dijo el joven después de algunos minutos—, el tiempo vuela, y es preciso hacer algo.

—¡Sí, sí; porque la suerte de esa pobre mujer, su honra!...

—Pero yo no quiero que os molestéis, si consideráis que no tenéis más obligación que nadie a protegerla.

—Aun sin tener esa obligación, lo haré con gusto.

—No quiere Consuelo recibir favores, y, por consiguiente, yo haré lo que mejor me parezca.

—Es que...

—Podéis entregaros otra vez al reposo.

—¡No!

—¡En vano os empeñaréis en seguirme!

—¡Señor. Querubín, os complacéis en atormentarme!
¿Para qué habéis venido, si no necesitabais mi ayuda?

—He venido para saber si os considerabais obligado a salvar a vuestra hija.

—¡Mi hija!—exclamó don Pedro poniéndose en pie como impulsado por un resorte.

--Conozco vuestro secreto.

—¡Oh!

—¡Con Dios quedad!

—¡No, no saldréis!—dijo desesperadamente el comendador— ¡Es preciso que me escuchéis, es preciso!...

—¡Tengo que salvar a vuestra hija!

Rugió sordamente el anciano.

Se quitó la bata, llamó a su criado, acabó de vestirse, tomó la capa, la espada y el sombrero, y dijo:

— ¡Vamos, vamos! ¡Después hablaremos y fijaremos nuestra situación!

Dio a su sirviente orden de seguirlos, y pocos minutos después salían de la casa.

No era entonces don Pedro un anciano débil, y pudo correr lo mismo que Querubín.

Llegaron al encierro de la hija de la señora Mariana.

El audaz mancebo sacó la llave y abrió la puerta.

CAPÍTULO LXXXVII

Lo que sucedió en la casa de campo

Querubín dio algunos pasos, detúvose, cruzó los brazos, miró al sirviente y desplegó una sonrisa burlona.

Don Pedro de Saavedra, con los ojos chispeantes, lívido el rostro, y temblando de ira, adelantó hasta llegar a su criado, diciéndole con ronca voz:

— ¡Traidor, miserable!

Sordamente rugió Andrés.

Seguía temblando de ira y de miedo.

Sin necesidad de explicaciones comprendía que se habían burlado de él, y no es posible concebir lo que esto le mortificaba.

Sin vacilar hubiera dado la existencia sólo por ver morir al mancebo.

En cuanto al comendador, la cuestión variaba, puesto que tenía medios sobrados para enviar a la horca al que había sido su confidente y su cómplice.

Inmóviles y mudos quedaron.

¿Qué habían de decir?

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1ª SERIE

1	J. HARRIS	El cuerpo envenenado	11	J. HARRIS	El cuerpo envenenado
2	-	El cuerpo envenenado	12	-	El cuerpo envenenado
3	-	(Por ella)	13	LA BARRA	El cadáver del espanto
4	-	La esposa de una mujer	14	-	El cuerpo envenenado
5	-	La venganza del doctor	15	HERNÁNDEZ	El cuerpo envenenado
6	-	El secreto de Mari-Rosa	16	-	Los amores de Francisco y la doctora
7	-	Último Momento	17	-	La venganza del doctor
8	HERNÁNDEZ	La mujer que	18	-	La venganza
9	EL SECRETO	El cuerpo envenenado	19	-	El cuerpo envenenado
20	-	-	20	-	El cuerpo envenenado

PRECIO DE CADA TÍTULO EN DÓLARES

2.00 DÓLARES

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y BOSCOS